

El pensamiento aristotélico como contribución a la búsqueda del saber

GONZALO MURCIA RIOS
Administrador de Empresas
Secretario General
Profesor del área Cuantitativa

Propongo, a través de estas líneas, alguna reflexión para que en nuestra práctica educativa cotidiana intentemos de algún modo aproximarnos al problema del conocimiento o del saber, términos que para efectos del presente escrito conservarán, si se quiere, similar acepción.

Resulta innegable para el mundo contemporáneo, y particularmente para la civilización occidental, la importancia y valor del pensamiento aristotélico, a cuyos postulados deberá hacer referencia para alimentar un poco la discusión aquí propuesta. No pretenderé por ello entrar a validar o refutar los postulados del gran pensador griego; más bien recogeré algunos de sus planteamientos para apoyar el debate que se pueda suscitar frente al quehacer educativo y formador, y sobre los cuales puedan sustentarse consideraciones ulteriores. En este sentido cabe advertir que se formularán con absoluto ánimo reflexivo interrogantes que develen nuestra contribución, como educadores, al proceso de formación de hombres nuevos, cuya labor nos ha sido confiada para asumirla con responsabilidad.

Acercarse al saber es en esencia el reto más importante y la aspiración legítima y anhelada de todo hombre. A este respecto podría entonces señalarse que en el proceso de conocer el ser humano puede transitar por diferentes escalas o niveles del saber, partiendo del estadio del conocimiento vulgar para posteriormente llegar al conocimiento científico, como etapas, si se quiere, opuestas o antagónicas. En tal sentido resultaría también innegable la afirmación de Aristóteles, consecuencia probablemente de esa incesante búsqueda del conocimiento, expresada en términos de que *"todos los hombres por naturaleza desean saber"*¹. Siendo esta en mi opinión una verdad irrefutable, como quiera que se desprende de un hecho connatural al

hombre mismo, surgiría un primer cuestionamiento, apenas de elemental formulación, aún cuando complejo en grado sumo de resolver: ¿cómo, desde esta perspectiva aristotélica, podremos llegar a la verdad?, ¿al saber?

Con relación a esa posibilidad de llegar a la verdad, de observar y comprender la realidad, Aristóteles sugiere que lo que el hombre ve es directamente la realidad y, en consecuencia, no es la interpretación de dos mundos, sino de uno solo. Llegar así a la verdad es producto de colocarnos en camino hacia ella a través de nuestros sentidos, que nos permiten a su vez conocer lo que hay a nuestro alrededor². Desde esta óptica podría afirmarse que el hombre conoce y accede a la verdad si, como sujeto, logra adecuar su mente con el objeto.

Un aporte de tal magnitud, se constituye en pieza fundamental para la humanidad, pues reivindica la potencialidad y capacidad del hombre para entender por sí mismo la realidad, es decir, la verdad. Considerada o no como una exageración o un atrevimiento por pensadores de escuelas ulteriores como el teocentrismo, el racionalismo, el empirismo, el materialismo, el idealismo o el positivismo, entre otras, la propuesta Aristotélica tiene un valor inconmensurable. Yo al menos así lo concibo. Reconocer que el hombre es capaz de llegar a la verdad con el solo hecho de colocarse en tensión hacia ella, de poseer la voluntad para lograrlo, es, por decir lo menos, un expreso consentimiento de las inmensas capacidades que tenemos los seres humanos para crecer en el conocimiento por cuenta propia. Si tal interpretación fuese aceptada, la lucha por la conquista de la verdad y del saber se reduciría al hecho mismo de creer en nuestras ilimitadas capacidades para lograrlo.

Dentro de los principios educativos que se derivan del pensamiento de Aristóteles, ocupan lugar especial los conceptos de hábitos, potencias y pasiones en cuya consonancia el hombre ha de ser educado. Inteligencia y voluntad, dadas como facultades naturales y superiores del ser humano, posibilitarán su inmersión en el mundo del conocimiento, del saber. Recuerda así el Estagirita *“que todo lo que se da en el alma, son pasiones, potencias y hábitos”*, (escribió Aristóteles en su *Ética a Nicómaco*)³.

¿Pero qué es finalmente lo que todos los seres humanos perseguimos o en teoría deberíamos perseguir? Acceder por supuesto a estadios más elevados del conocimiento, al hombre o ser superior, cuyo resultado sólo se hace posible a través del continuo y permanente ejercitar de sus potencias y facultades y que en su práctica habitual y cotidiana nos acerca indefectiblemente a la verdad, como esencia del conocimiento. Tarea que debe ser emprendida, como se propuso, con firmeza por todos los actores que participan en procesos educativos o formativos, a través de la creación y generación de espacios de verdadero intercambio dialéctico de experiencias y de conocimiento compartido. Aquí halla un campo propicio la función pedagógica como mediadora de procesos de socialización que se orienten en últimas a la reconstrucción de la cultura, por no decir del conocimiento. Reto y compromiso serio para quienes ejercemos la tarea de acompañamiento de las nuevas generaciones.

Ahora bien, si es mediante el ejercicio de las potencias y facultades, expresados en el actuar como hábitos, que el hombre se educa hacia la razón, esta última será en consecuencia el fin mismo como sugiere el mismo Aristóteles, ya que *“es la razón humana, fin y meta*

*del proceso educativo permanente”*⁴. De esta manera resulta comprensible que los hábitos se anteponen y preceden a la razón.

A partir de los planteamientos antes citados, confié plenamente en la idea de que el hombre es poseedor de múltiples facultades y potencias, significadas estas en el ser inteligente. Inteligencia que debiera ser estimulada apelando a la voluntad del hombre por saber más, para progresivamente despertar y acrecentar su racionalidad.

Por supuesto que este propósito de acceder al conocimiento en su fase última, cúlmen del proceso formativo del hombre, en cuanto a su pleno desarrollo humano se refiere, se hará posible sólo en la medida en que los agentes y condiciones que estén a su alrededor favorezcan y potencien dicho crecimiento. A riesgo de cometer alguna injusticia, o faltar a la objetividad, creo que en la práctica docente del maestro que sustenta su ejercicio académico en esquemas tradicionales de aprendizaje, se ha carecido de una reflexión inteligente, ocasionando lamentablemente en muchos casos una “subalimentación” de la mente y del espíritu en el aprendiz. En tanto el proceso no reúna esta condición de inteligencia, menos podríamos exigir resultados de ese nivel en nuestros estudiantes. La inteligencia nos ha sido dada, pero en honor a la verdad no la hemos estimulado lo suficiente, como para que el hombre pueda reconocer finalmente toda su capacidad intelectual en torno al saber, al conocer. La razón espera ser encontrada; en nosotros está depositada la tarea de alcanzarla, si apelamos inteligentemente y sin vacilaciones a todas nuestras facultades para cumplir con dicho objetivo. ■

¹ SUAREZ, Gabriel A. Aproximación al problema epistemológico, *En* : Actualidades pedagógicas, No. 40, Universidad de la Salle, Facultad de Educación, Bogotá, 2002, p. 73.

² Cfr. *Ibíd*

³ Cfr. BORRERO, Alfonso. Educación y política : La educación en lo superior y para lo superior. Simposio Permanente sobre la Universidad, Asociación Colombiana de Universidades, ASCUN, Bogotá, 1992-1994, p. 43.

⁴ *Ibíd*, p. 44.

CITAS